

CARLOS CARSOLO

Himalaya lindo y querido

Antxon Iturriza



Foto: Santiago Yaniz

Carlos Carsolio

NUNCA los dioses cálidos de los volcanes de América habían ido al encuentro de las divinidades heladas del Himalaya; nunca hasta que un alpinista mexicano comenzó a levantar, sobre los ojos de dos océanos, con los pilares apoyados en tres continentes, un puente inédito entre espacios y culturas. Recorriendo una y otra vez este arco iris de ilusiones, el joven azteca aprendería a salvar al mismo tiempo las diferencias de mentalidad y de altitud que separaban su experiencia alpina de la élite mundial.

Nadie, quizás ni él mismo, habría podido imaginar que, once años después de un idealizado descubrimiento del Nanga Parbat, se convertiría en el primer americano en subir a los catorce altares mayores de los hielos. Allí, junto a los sumos sacerdotes Messner y Kukuczka, entre Loretan y Wielicki, quedará ya para la historia el nombre y la huella de Carlos Carsolio.

Nanga Parbat: La montaña de los sueños

Como niños frente al escaparate de una juguetería, Carlos y Elsa recorren entre ansiosos e ilusionados las estanterías de los almacenes parisinos de Vieux Campeur escogiendo el material que van precisar en su inminente bautismo en el Himalaya. Son muy jóvenes: él tiene 22 años y ella 21. Es el mes de mayo de 1985 y dentro de pocos días van a iniciar un vuelo hacia Oriente, que para ellos resulta tan incierto como la travesía de Colón a través del Atlántico.

"Medio año antes no habría podido imaginar que iba a surgirme de forma tan inmediata la oportunidad de ir al Himalaya, con la que tanto había soñado. Fue al pie mismo de la cara sur del Aconcagua. Aparecieron por

allí dos alpinistas polacos. Burzynski y Dasal no hablaban castellano, pero el lenguaje alpino de los tres era el mismo y en la pared nos entendimos perfectamente. Tras completar la escalada, nuestra amistad se había consolidado hasta el punto de que me invitaron a su próxima expedición al Nanga Parbat".

Mientras el avión les acerca hacia Rawalpindi, Carlos intenta imaginar la silueta de la montaña que va a escalar. Lleva soñando con ella desde que era un niño.

"El Nanga Parbat siempre había representado para mí un símbolo, una montaña mágica, desde que leí el relato de la ascensión de Hermann Bühl. Él había sido uno de los héroes de mi juventud. Este componente convirtió la expedición en una especie de sueño hecho realidad".



Los miedos a lo desconocido le salen al paso una y otra vez en los recodos de los caminos de Cachemira.

"No sabía cómo iba a comportarse mi organismo en altitudes a las que nunca había accedido. También era una incógnita cómo nos íbamos a acoplar a nuestros compañeros polacos. Apenas podríamos entendernos, intuíamos que su mentalidad era diferente y su fama de rudos en los planteamientos alpinos imponía respeto a nuestra bisonez".

Como en tantas otras ocasiones, la realidad viene a disipar los temores de los dos mexicanos cuando se acomodan en el campo base.

"Los polacos mostraron una gran capacidad de adaptación a nosotros. El esfuerzo fue mutuo. En la montaña tuvimos que aprender a movernos en la forma y ritmo que ellos, porque si no te quedabas atrás".

Es el 13 de julio de 1985. El sueño está a punto de convertirse en realidad en el mismo lugar en que se había forjado, como si hubiera estado escrito en los tonalamatl, los libros del destino de los aztecas.

"Fue muy emocionante. Un éxtasis de alegría. Hablé con Elsa por el talki. Junto a mí estaban Zyga, Suavek y Jerzy..."

El momento es decisivo en su vida. Se convierte en el primer mexicano que pisa una cota ochomilista y lo hace por una nueva

Carlos y Elsa en la cima del Shisha Pangma

Fotos tomadas de Carsolio E y C "Encuentro en el Himalaya. La aventura de la esperanza"



Las lágrimas de alegría de Elsa en el Shisha Pangma

ruta. Pero en el Nanga Parbat encuentra, además de fama, dos elementos que serán decisivos en su vida: un camino por el que seguir y un maestro que le va a enseñar a recorrerlo.

Manaslu: La renuncia

Su nuevo héroe es Jerzy Kukuczka. Y tras él se dirige al año siguiente al Manaslu.

"En la marcha de aproximación sufrí unos profundos cortes en una mano. Me aconsejaron que no me moviera del campo base. Fue terrible para mí. No podía casi ni agarrar el piolet. A pesar de ello, conseguí seguir a mis compañeros en el ataque final. Coronamos el Manaslu Este, que era virgen, pero no pude seguirles hasta la cima principal. Noté que me

estaba congelando. Con la mano herida, no podía masajearme los pies. Tuve que renunciar a pisar la cumbre principal, aunque lo hice peleando hasta mi última posibilidad".

Shisha Pangma: Emoción

Elsa y Carlos caminan a las 16,30 de un día de septiembre de 1987 por una fina arista de nieve que divide el paisaje. Avanzan juntos hasta la cumbre del Shisha Pangma. Por unos instantes se convierten en Ometecuhtli y Omecihuatl, el señor y la señora de la dualidad en el Olimpo azteca, paseando su felicidad infinita sobre la infinita meseta tibetana.

"El compartir una cumbre con Elsa es una sensación muy hermosa que he podido experimentar, desde que nos conocimos, en el Himalaya, en Patagonia, en Yosemite, en Baffin".

Makalu: Más allá del límite

El otoño ha pasado dejando el recuerdo de un quijotesco intento sobre la cara sur del Lhotse. En la primavera del 88 Carlos tiene ya 25 años y va a iniciar en el Makalu su quinta experiencia en el Himalaya.

"Tenía todo el empuje, tal vez un tanto arrogante de la

juventud. Iba demasiado confiado y eso es un grave error en la montaña. Había permanecido varias noches a gran altitud y, a pesar de ello, decidí seguir hacia la cumbre. Recibí una gran lección, porque el edema pulmonar que me afectó en el descenso estuvo a punto de acabar conmigo. Físicamente nunca he estado tan al límite. La experiencia me ayudó en lo sucesivo a ser mucho más centrado en mis decisiones".

"Yo he cometido errores, como los han cometido Messner, Loretan o Wielicki. La diferencia respecto a otros grandes alpinistas que han desaparecido es que nosotros hemos tenido suerte".

Everest: La responsabilidad

Y llega el momento del desafío de mayor compromiso público. Carlos se enfrenta en el otoño del 89 al Everest y a una gran responsabilidad publicitaria que le pesa como una mochila a ocho mil metros.

"En el Everest mi error fue dejarme llevar en primera instancia por los compromisos publicitarios que había contraído, planificando la escalada en función de esos contratos. Fue un paso en falso del que me dí cuenta a tiempo y para el segundo ataque me liberé men-

Carlos Carsolio en la cima del Nanga Parbat, su primer ochomil

talmente de ese subordinación y pensé sólo en la montaña”.

Kangchenjunga: La depresión

Es la primavera del 92. Carlos Carsolio regresa a México tras su ascenso al Kangchenjunga. Él ha conseguido la cumbre, pero Elsa y su hermano Alfredo sufren congelaciones que les han obligado a abandonar el intento; Wanda Rutkiewicz que le acompañaba en su ascenso, ha desaparecido.

“La expedición había sido exitosa para mí, pero me encontraba muy deprimido. Ha sido la época de mi vida en que he estado más bajo de ánimo. Pensé incluso en dejar el alpinismo. Los ánimos de Elsa y de mi familia me hicieron recobrar la motivación para regresar a la actividad”.

K2: La solidaridad

Anochece en las laderas del K2. Carsolio desciende de la cumbre lentamente guiando los pasos del esloveno Bozic, su compañero de escalada, que ha quedado ciego por las radiaciones solares. Muerde con fiereza Tezcatlipoca,

el dios azteca del frío. El retorno es desesperadamente lento. Es ya la madrugada cuando consiguen llegar al campamento del Hombro.

“En la alta montaña los comportamientos deben estar presididos de una gran solidaridad, pero también por una perfecta claridad de esquemas previa al ascenso. En el K2 no podía abandonar a Bozic, porque ambos íbamos juntos. Fue distinto en el Kangchenjunga, donde Wanda y yo coincidimos en la escalada, pero cada cual era independiente e iba a su ritmo”.

Broad Peak: La creatividad

Carsolio ha decidido ya que va a intentar completar el peregrinaje por los catorce ochomiles. Ha conseguido ocho cuando planea dar un paso adelante. En el verano del 94 intenta el Broad Peak en solitario y por una nueva vía.

“Acababa de nacer mi hija y esta noticia me supuso una motivación adicional. Fue una ascensión dura y gratificante, quizás la más satisfactoria desde el punto de vista alpino. Escalé sin descanso durante 26 horas y en algunos momentos

llegué a percibir alucinaciones de un gran realismo”.

La época de la rapidez

Año 95: el Annapurna y el Dhaulagiri los supera en un suspiro; el Hidden Peak y el Gasherbrum II, en otro. Son cuatro ochomiles en menos de tres meses.

“Fue una experiencia que nos hizo concebir el plan teórico de ascender los catorce ochomiles en un año. Esta posibilidad existe sobre el papel, aunque haría falta mucho dinero y mucha suerte para llevarla a cabo”.

Manaslu: La gran decisión

Todo México está con él en la primavera de este año, acompañándole junto a Elsa, a sus hermanos, a su hija, en el campo base del Manaslu. Todos aguardan a que Carsolio entre en la historia.

“Tenía sobre mí la responsabilidad de la TV, del soporte publicitario; el presidente de México permanecía a la espera de mi llamada para confirmarme el éxito; pero la experiencia me había enseñado a inhibirme de esta carga. Mi hermano Alfredo y yo estábamos a menos de 200 metros de la cumbre cuando advertimos que las nubes se movían a gran velocidad entre el Annapurna y el Dhaulagiri. Decidimos retirarnos con todo lo que ello suponía. Pocas horas después la tormenta barrió la montaña”.

Los hermanos Carsolio vuelven a intentarlo días después. Esta vez lo van a conseguir.

“En el Himalaya hay que saber medir con mucha cautela cada situación. Si quiere sobrevivir, un himalayista debe tener dos cualidades fundamentales: una estabilidad psíquica para saber esperar pacientemente la oportunidad y una capacidad técnica y física para resolver con la máxima rapidez cada escalada”.

Carlos tiene ya reunidos los catorce ochomiles principales, pero en la trayectoria de este mexicano de 34 años, que vive feliz con Elsa y sus dos hijos en un chalet aupado sobre la vorágine de Ciudad de México, nada se ha acabado. La vida volverá a comenzar cualquier día en la ladera de cualquier montaña. □

Primera expedición mexicana al Everest; de izquierda a derecha: Enrique Luengo, Alfredo Carsolio, Elsa y Carlos Carsolio

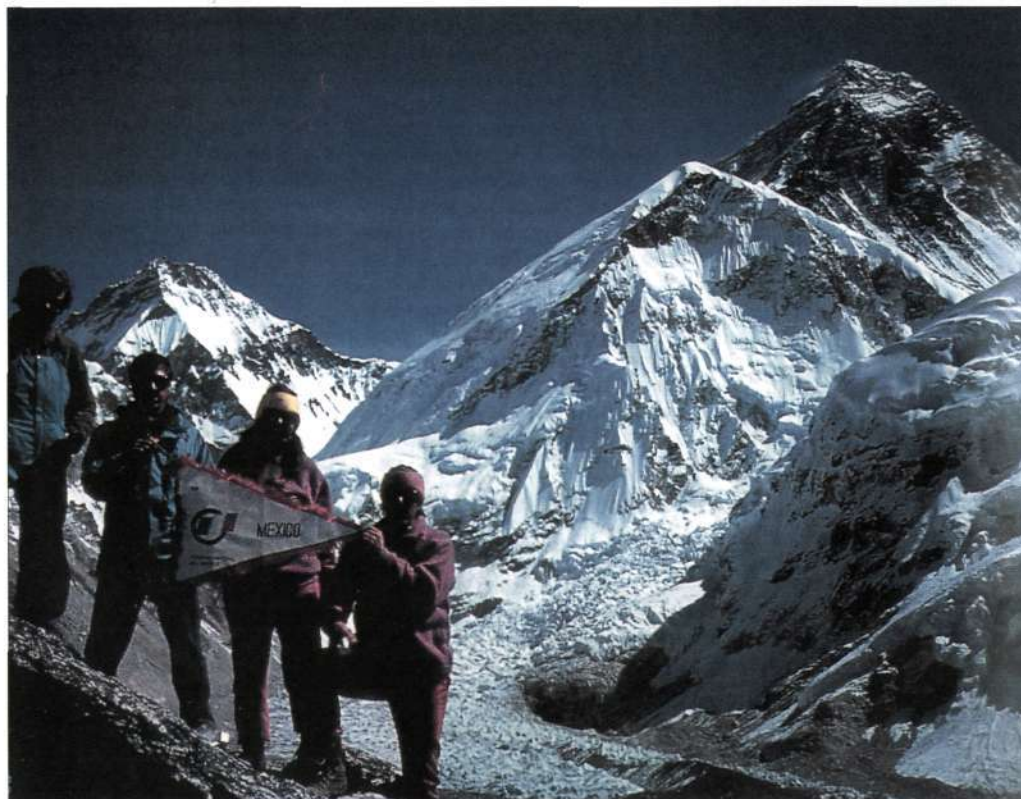


Foto tomada de Carsolio E y C “Encuentro en el Himalaya. La aventura de la esperanza”

□ LHOTSE: Estético □ BROAD PEAK: Concurrido □ ANNAPURNA: Romántico □ DHAULAGI